

LETRAS

LETRAS

L&T



Fotografía: Zipi/(EPA) EFE/EFEVISUAL

+La lucha por la hegemonía.

POLÍTICA

LAS CONJUGACIONES DE PODEMOS

MANUEL ARIAS MALDONADO

Mucho se ha insistido en que los líderes de Podemos son profesores de Ciencia Política. Sin embargo, nadie sabe muy bien qué significado atribuir a ese hecho. ¿Son aprendices de brujo que están convirtiendo España en un gigantesco trabajo de campo, heraldos de una diferente profesionalización de la política, modernos Quijotes que no sueñan con libros de caballería sino con revistas internacionales con índice de impacto? Simultáneamente, han estallado modestas disputas intelectuales en torno a su genealogía teórica, como la que trata de decidir si son o no gramscianos. Y no faltan quienes apuntan que estas adjetivaciones carecen de toda importancia a estas alturas, siendo lo relevante atender a lo que Podemos llegue a *bacer* por encima de lo que *piense*.

Sería un error, no obstante, desdenar las bases teóricas de Podemos como una curiosidad sin importancia. Para empezar, está el puro placer intelectual de conocerlas, para así observar el desarrollo de la formación con un ojo puesto en sus

fundamentos. Pero sucede también que pocas veces se habrá visto una correspondencia tan exacta entre la teoría y la praxis en nuestro sistema político, lo que significa que la última no puede entenderse sin la primera; es, de hecho, una teoría *orientada* a la praxis. Así lo demuestra la intervención de Iñigo Errejón, número tres del partido, en un máster organizado por el Departamento de Ciencia Política de la UNED, disponible en YouTube. Su exposición es brillante, aunque —para quien conozca sus fuentes intelectuales— nada original. Allí puede constatarse, en todo caso, por qué los grandes partidos españoles se encuentran con el pie cambiado: su mentalidad de gran empresa consolidada se ha visto sacudida por la irrupción de una ágil *start-up* que ha cambiado el mercado en que todos compiten. Íbamos al Corte Inglés y ahora preferimos una tienda digital.

Dicho esto, ¿de qué fuentes bebe Podemos? Más aún, ¿qué relación hay entre sus bases intelectuales y su práctica política? Si queremos señalar rápidamente sus principales influencias, hay que hablar de un itinerario teórico que empieza en Antonio Gramsci, sigue con Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, influidos a su vez por Jacques Derrida e incluso Carl Schmitt, hace parada en Jacques Rancière, coquetea con Žižek y en

todo momento se alimenta de la teoría de los marcos que, desde la psicología y la sociología, es parte decisiva de la explicación contemporánea de los movimientos sociales. Y, si queremos reducir todo esto a una sencilla formulación, podemos recurrir a la famosa frase de Victor Hugo según la cual puede pararse a un ejército, pero no a una idea cuyo momento ha llegado. Porque Hugo tenía razón, pero se olvidó de añadir que las ideas no nacen en el vacío ni se propagan espontáneamente. Premisa mayor de Podemos es la necesidad de impulsar ciertas ideas, con objeto de generalizarlas cuando la ocasión sea propicia, para así cambiar la percepción de los ciudadanos como primera fase de un proyecto más amplio de transformación social.

Ni que decir tiene que no es precisamente novedoso apuntar que la percepción es un elemento decisivo de la vida; tampoco que el lenguaje es constitutivo de la realidad así percibida: venimos sabiéndolo desde Platón y nos lo recordó Maquiavelo. Pero la filosofía occidental ha ido refinando considerablemente su vocabulario sobre la relación entre las palabras y las cosas, prestando cada vez más atención a los procesos a través de los cuales ciertas formas de percibir la realidad pasan de los márgenes al centro e incorporando a

70

LETRAS LIBRES
MARZO 2015

sus análisis no solo la creación estatal de imágenes sino también su misma germinación social. La vieja idea de Hugo, convertida ahora en *frame*.

Esto significa que no existen significados fijos, sino que la sociedad se encuentra constituida en cada momento por un conjunto de relaciones de poder que han cristalizado en una determinada organización de la realidad, sedimentada y naturalizada por el paso del tiempo, presentada así *como si* fuera inevitable y no contingente. Tal es la tesis central del pensador argentino Ernesto Laclau, para quien el orden social es un discurso, o sea, un conjunto de prácticas y significados que no tienen un contenido estable, sino flotante, porque su sentido depende de las relaciones, por definición dinámicas, entre diferentes clases y grupos. De ahí que la sociedad siempre esté *abierta*, aunque en un sentido diferente al popperiano. Y corresponde a la política poner en cuestión el orden existente, haciendo ver que nada hay de necesario en él; Laclau es así posmarxista, porque afirma la primacía de lo político y no de lo económico. Es el paso que Gramsci no llegó a dar cuando elaboró su noción de hegemonía, reformulada por el propio Laclau y Chantal Mouffe, quienes ponen de manifiesto en trabajos conjuntos que las alianzas entre grupos susceptibles de alterar ese orden falsamente naturalizado no responden a rígidas divisiones de clase. Algo visible en el variado perfil sociológico del potencial votante de Podemos, y que a su vez permite subrayar el papel de los llamados “grupos subalternos”: desde las mujeres a los indígenas. Nuevos actores que permiten crear nuevas coaliciones y alterar el equilibrio de intereses existente.

¡Pluralismo! Justamente. Y su reconocimiento teórico implica una concepción agonística de la política, así Mouffe, como canalización de un conflicto que el consenso –aspiración imposible– no puede erradicar. En esto, Mouffe sigue a Carl Schmitt y su célebre distinción entre amigo y enemigo, cruzada con la idea de Derrida sobre la *différance*. Así las cosas, construir un eje antagónico, un *nosotros* frente a un *ellos*,

es esencial para constituir identidades que, por esa misma razón, no tienen un carácter definitivo. En el marco de esa “democracia agonística”, el populismo es entendido, a la manera de Laclau, como una lógica social antes que como una ideología específica. Se trata de una lógica fundamentalmente democrática, en la medida en que la construcción del *pueblo* es vista como la tarea central de toda política moderna. Desde este punto de vista, el populismo pasa a ser una forma de la lucha por la hegemonía, mediante la cual unas demandas hasta el momento marginales son politizadas y universalizadas, pasando a formar parte del vocabulario ordinario de todos los agentes políticos. Así, desde el momento en que los rivales de Podemos usan el término *casta*, están otorgándole una victoria: porque entran al combate con metáforas ajenas, *creando* una realidad distinta a través del discurso.

En este punto, la relación de Podemos con los movimientos sociales tiene especial relevancia, ya que el verdadero cambio político solo se hace posible después de que la política insurgente desarrollada por aquellos ha preparado el terreno. En la conferencia citada, Errejón habla explícitamente de la “grieta” abierta por el movimiento 15M como el momento en que se produjo “una quiebra en el sentido instituido” en nuestro país y se abrieron nuevas posibilidades hegemónicas. Acertadamente, la teoría contemporánea de los movimientos sociales ha tendido a caracterizar a estos como agentes de persuasión que libran una guerra de significados en torno a la realidad social, tratando de modificar el entendimiento mayoritario sobre determinados asuntos. En lugar de enmarcar una chimenea humeante como símbolo de progreso, ver en ella polución; reinterpretar el desahucio como un problema público antes que un drama privado; etcétera. Ya lo dice Žižek: todo es ideología. O sea: la realidad depende del modo en que veamos la realidad. Este constructivismo radical, dicho sea de paso, bien puede explicar la dificultad que encuentran estos movimientos populistas para

traducir la “voluntad de cambio” en rendimientos económicos dignos de tal nombre.

Hay muchos otros aspectos del fenómeno Podemos –como su fuerte dimensión emocional– que merecen atención; asimismo, sus bases teóricas son susceptibles de una crítica fundamentada. Pero no se trataba aquí sino de presentar esas bases, especialmente relevantes para un partido de politólogos. Máxime porque incluyen, como ha podido verse, un manual de instrucciones para el acceso al poder y un programa de resignificación cuyo núcleo es la desacralización del régimen constitucional vigente, señalado por Iglesias & Co. como una contingencia que ha permanecido naturalizada demasiado tiempo. Si no teníamos una democracia agonística, desde luego hemos pasado a tenerla. La guerra –por el significado, por los recursos, por el poder– está en marcha. Y por eso conviene saber qué piensan los generales. –

CIENCIA

LA IMPORTANCIA DE LA DIVERSIDAD

de M^o TERESA GIMÉNEZ BARBAT

 Qué controla el número de especies de un ecosistema y por qué algunos son más propensos que otros a ser invadidos por variedades exóticas? ¿Cuáles son los mecanismos de la competición por los recursos y cuál es su implicación en la diversidad de especies y su coexistencia? Estas son preguntas candentes en un momento en el que la actividad humana, la globalización y la facilidad de desplazamiento amenazan incluso los santuarios más vírgenes del planeta. Por sus respuestas a estas preguntas, el científico estadounidense David Tilman (Aurora, Illinois), catedrático de la Universidad de Minnesota, ha resultado galardonado con el Premio Fundación BBVA Fronteras del Conocimiento en la categoría de Ecología y Biología de la Conservación.

La carrera de David Tilman se ha centrado en desarrollar teorías sobre biodiversidad y composición



La biodiversidad es una cuestión moral.

de ecosistemas basadas en sus propios experimentos sobre competición de recursos en comunidades de algas y de praderas. Nacido en 1949, se sintió atraído por la física, pero su amor por las matemáticas y la biología, unido a su sensibilidad por los problemas de la sostenibilidad, le inclinaron al estudio de las teorías predictivas en la ecología. Por ello, se describe a la vez como un ecólogo experimental y como un teórico. Dirige la Reserva de Cedar Creek, una estación de investigación que cuenta con 2.800 hectáreas de terreno y donde estableció nuevos sistemas experimentales de estudio a largo plazo que le han llevado a sus contribuciones fundamentales. Su nueva teoría estocástica ha ayudado a convertir la ecología en una ciencia más predictiva y cuantitativa, que ayuda a resolver muchos de los conflictos entre la “teoría neutral” y la “teoría del nicho”. Una de sus aserciones más conocidas se refiere a la importancia de la diversidad y su fuerte impacto en el funcionamiento de los ecosistemas. Hoy en día la necesidad de conservar la biodiversidad puede parecer una obviedad o algo indiscutible. Sin embargo, a principios de la década de los noventa la situación no era la misma. Tilman ha recordado que fue una “enorme sorpresa porque hasta entonces se creía que

el funcionamiento de los ecosistemas venía determinado por unas pocas especies importantes, y que las demás no eran relevantes”. Su trabajo publicado en *Nature* en 1994 ha sido uno de los más citados de la ecología moderna. El científico sostiene que los ecosistemas se debían conservar, sí, pero por “una cuestión moral, no científica”.

El equilibrio es un compromiso entre capacidades que hace posible la coexistencia de un alto número de especies. La teoría de Tilman predice que, cuantas más de ellas coexistan en una comunidad ecológica, menos recursos quedan libres para que se aprovechen las especies intrusas, lo que hace la invasión menos probable. La habilidad de la planta invasora para establecerse va a depender de los recursos no aprovechados por los individuos ya establecidos y de sus necesidades concretas. Tilman, muy preocupado por los efectos de la presión del ser humano sobre el planeta, nos asegura que “los mecanismos y las matemáticas de la economía de la naturaleza son sorprendentemente similares a los de la economía de una sociedad humana”. La analogía con la economía es importante, desde su punto de vista, porque las elecciones económicas de los consumidores pueden estar causando un daño global al medio ambiente.

Tilman también ha llevado a cabo diversos estudios para determinar la conveniencia y necesidad de utilizar ciertos vegetales para la obtención de biocombustibles. Su investigación ha contribuido a definir políticas basadas en el conocimiento científico y dirigidas al uso de la tierra y al equilibrio del carbono a escala mundial, algo que ha tenido implicaciones en cuestiones prácticas como la producción de esa nueva fuente de energía. “Los biocombustibles no son la solución para nuestro problema de emisiones de gases de efecto invernadero”, ha afirmado. Para él, “hay muy pocas formas ventajosas para el medio ambiente de hacer biocombustibles”, y pasan por cultivar especies no de consumo humano con técnicas que fomenten la biodiversidad. Sin embargo, no echa las campanas al vuelo porque “estos biocombustibles podrían sustituir solo hasta el diez por ciento de la gasolina que empleamos, así que nunca resolverían nuestro problema de emisiones. Lo realmente importante es que desarrollemos métodos de transporte mucho más eficientes”.

Por sus numerosas contribuciones a la ciencia obtuvo un puesto en la Academia Nacional de Ciencias en el 2002. También fue galardonado el año pasado con el Premio Ramón Margalef de Ecología, que concede la Generalitat de Cataluña. El premio Fundación BBVA Fronteras del Conocimiento en la categoría de Ecología y Biología de la Conservación, dotado con 400.000 euros, le ha sido concedido por fundamentar científicamente el valor de la biodiversidad que hace que los ecosistemas sean “más productivos, más resistentes ante invasiones de especies exóticas y más estables ante fenómenos perturbadores como la sequía”, tal y como ha explicado el acta de su tribunal. El jurado menciona su hallazgo de que la relación entre el grado de destrucción de un ecosistema y el impacto sobre las especies que lo integran es más compleja de lo que parecería, hasta el punto de que puede acontecer lo que David Tilman ha definido como una “deuda de extinción”.

En la actualidad, el trabajo de Tilman se concentra en la mejora y el incremento de la productividad agraria evitando los costes de un aumento de su impacto ambiental. En una de sus últimas publicaciones, en la revista *Nature* del pasado noviembre de 2014, indaga e investiga sobre cuál sería la dieta humana más adecuada y conveniente si queremos dejar a nuestros descendientes un medio ambiente preservado, contribuyendo a una reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero y cómo no, a una mejor salud y expectativas de vida para los habitantes de todo el planeta. Sin duda, un asunto inaplazable. —

LITERATURA

LA BELLEZA DE LAS ESPINAS

de ÁLVARO BISAMA

La última vez que vi a Pedro Lemebel leer en público ya no tenía voz. Fue en noviembre, en una sala llena, en el marco de la Feria del Libro de Santiago. Lemebel (1952-2015) hablaba desde los jirones de lo que alguna vez había sido su garganta y estaba amplificado y ecualizado por los sonidistas que lo acompañaban desde hace años, cuando lo atacó un cáncer. Con todo, como en los viejos tiempos, como con sus libros, seguía

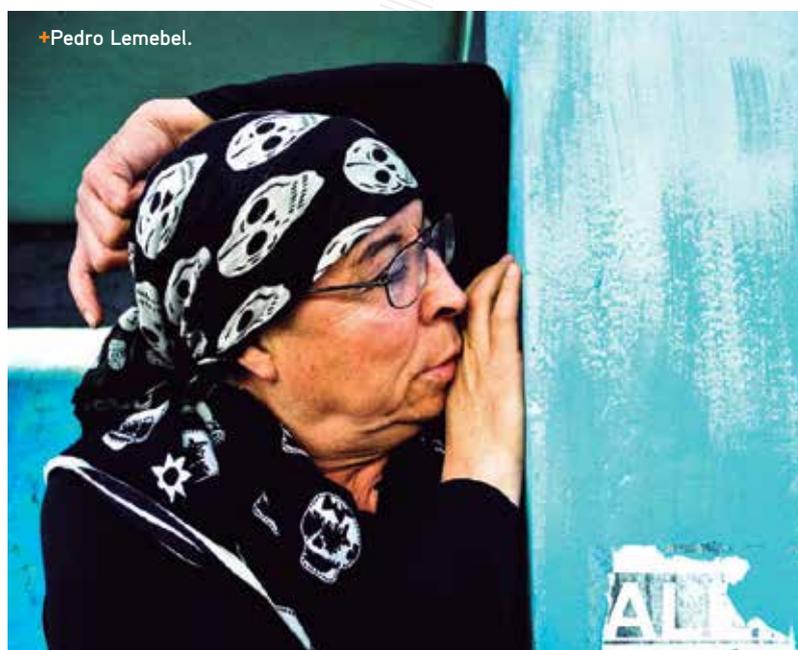
siendo feroz y conmovedor. El autor de *Loco afán* había sido una estrella de la performance y su habilidad para sacudir al público aún estaba ahí, como si nunca se hubiese ido, como si la enfermedad que se lo llevó a la tumba no existiese, fuese una broma, apenas un resfrío pasajero.

Pero no lo era. Lemebel falleció a fines del pasado enero y el vacío que dejó es tan grande como imposible de medir. Hace veinte años, cuando publicó su primer libro de crónicas (*La esquina es mi corazón*), había dinamitado las jerarquías y órdenes de la literatura local. Eso sucedía no solo porque había cruzado espacios de trabajo tan disímiles como la performance o el periodismo sino también porque desde el margen proponía una escritura que concentraba a la vez un lirismo forjado en la calle con las polaroids de la democracia vigilada de la década de los noventa chilena y sus sueños de éxito global. Lemebel ya había pasado al imaginario cultural chileno, gracias a las Yeguas del Apocalipsis, el grupo que fundó con Francisco Casas y que sacudió la escena chilena de las artes visuales a fines de los ochenta con sus performances e intervenciones públicas. En esos años, Lemebel no tenía nada que ver con la novela o la ficción sino que trabajaba desde un límite insospechado: la crónica

como un espacio tan arriesgado y personal, como una zona de guerrilla y libertad, que era impensado en las aspiraciones de éxito global de lo que alguna vez se llamó Nueva Narrativa Chilena.

Por el contrario, en *La esquina es mi corazón* —y en los libros que siguieron: *Loco afán* y *De perlas y cicatrices*— Lemebel recordó las historias que le contaron de oídas, anotó los nombres de homosexuales muertos por el sida, habló del incendio de la discoteca Divine y los muertos sin nombre de la discoteca Divine, de la casa de Mariana Callejas, del centro de Santiago, de las poblaciones y de los estadios, escribió sobre peladeros y basurales, circos pobres, *boîtes* a la deriva durante la dictadura y sobre los fantasmas que amenazaban la frágil democracia de los acuerdos del Chile finisecular, pero también el imaginario urbano del poder que la literatura chilena había construido. De hecho, cuando Carlos Franz publicó *La muralla enterrada*, en 2001, donde detallaba la tensión entre la ciudad de Santiago y las ficciones que se hacían cargo de ella, mucho de lo que decía sonaba añejo o vencido porque el autor de *Tengo miedo torero* (su única novela, que salió ese mismo año) ya había cambiado el mapa de ese Santiago literario de modo irrevocable.

Pero la radical singularidad de su obra estaba decretada incluso antes de que la escribiese. En 1986, en plena dictadura de Pinochet y en un acto político de la izquierda, había leído, a modo de manifiesto: “No soy Pasolini pidiendo explicaciones / No soy Ginsberg expulsado de Cuba / No soy un marica disfrazado de poeta / No necesito disfraz / Aquí está mi cara.” Una década después, Roberto Bolaño supo entender aquello. Supo que Lemebel era un poeta, pero también que era el futuro: antes que Carlos Monsiváis lo celebrara, antes de que la crónica invadiese el campo literario latinoamericano como la salida de emergencia a los fantasmas del post-Boom, Lemebel ya estaba ahí y sus textos eran los más radicales de todos, porque suponían un pacto de sangre entre la biografía y



+Pedro Lemebel.

la escritura, sugiriendo que no debería haber barreras entre ellas, como bien demostraba un libro como *Adiós mariquita linda* (2004).

Eso explica que explotara como explotó, cómo pasó de estar en el borde a ser el centro del canon. A esas alturas, leerlo ya no era una consigna sino un signo de los tiempos: mientras sus libros florecían en la cuneta en ediciones piratas, las facultades de literatura ya los habían vuelto objetos de tesis, carne de *papers* de todo tipo. Pero aquella masividad, en vez de desdibujarlos, los volvía más eficaces y urgentes, porque nos habían enseñado a atravesar el cambio de siglo, a leer en clave los acomodos políticos de la transición, a preguntarnos por los límites de lo literario, como alguna vez anotó: “Tal vez lo único que decir [...] sea el balbuceo de signos y cicatrices comunes. Quizás el zapato de cristal perdido esté fermentando en la vastedad de este campo en ruinas, de estrellas y martillos semienterrados en el cuero indioamericano. Quizás este deseo político pueda zigzaguear rasante estos escampados.”

A quienes empezamos a leer a Lemebel en los noventa su obra siempre nos pareció esencial. Mal que mal, sus libros ya llevan más de veinte años con nosotros. Han atravesado los momentos finales de la dictadura cruzando a fuego toda la transición democrática, para iluminar una y otra vez esa sucesión de presentes extraños de los que está hecha la historia de Chile y la de Latinoamérica. Porque Lemebel era el aguafiestas de la democracia vigilada, el guardián de la memoria, el poeta popular que escribía en el borde de sus propias capacidades. Lemebel era la única estrella de rock que ha tenido la literatura chilena, el vanguardista perdido y violento que sabía que la memoria era un asunto personal porque el lenguaje estaba vivo gracias a los huesos de los muertos, gracias a esa música que solo pueden bailar los fantasmas, algo que él era capaz de atesorar como si de piedras preciosas se tratase porque se trata de una literatura de la calle, de la esquina,

de la noche. Ahí, la condición insoportable de su literatura subraya la paradoja de un arte que rechaza toda comodidad porque su belleza es feroz y cruel y es real y está hecha de espinas y en ese lugar era valiente pero también generoso. Supongo que nunca dejaremos de agradecerle por eso. —

ECONOMÍA LA DEUDA INFINITA

✎ MARIANO GISTAÍN

La deuda es la esencia del mundo. La deuda se ha apoderado de todo; sus tentáculos impregnan la cultura y moldean los sentimientos. Puede haber alguien que no sea deudor o acreedor de forma individual, pero nadie puede escapar al influjo y la seducción de la deuda. La deuda crece sin parar, aumenta más que cualquier otra variable del sistema humano. La deuda es un sector económico en sí misma, crea y mantiene muchos puestos de trabajo, zarañea la llamada economía real, engendra ilusiones locas y desesperación, expectativas y dolor.

Cuando aceptamos la incertidumbre como el ingrediente que define esta temporada olvidamos que hay una certeza inapelable, que es la deuda. La incertidumbre se produce dentro del universo deuda, que es lo

básico, el aire que respiramos o que nos respira.

Imaginemos que existe esa persona que ni debe ni es acreedora; alguien que mantiene un equilibrio personal contable durante un día o un mes. Lo suficiente para no estar sometida a la tiranía y al absolutismo del número fatal. En principio esa persona podría pensar libremente: vivir. Pero es una hipótesis inverosímil porque esa persona seguiría sometida a las deudas monstruosas que afligen a los entes que la contienen: familia, comunidad de vecinos, pueblo, región, país, continente, mundo. Nadie puede librarse del sometimiento a la deuda. Ese hipotético humano en equilibrio contable seguirá debiendo su parte de las deudas de su ciudad, de su país, tal como recuerdan a todas horas los medios de la deuda, que son todos. Pensar en un nieto es calcular cuánto debe o cuánto le deben.

A efectos de sometimiento a un sistema omnipresente, da igual ser deudor que acreedor. Todos los humanos y robots somos esclavos de la deuda. Nuestro ADN, que muta en caliente, ya es deuda. No hay nada más. La deuda es el mundo y nada se entiende sin ella (pero tampoco con ella). Las deudas nunca cesan: aunque hayan sido condonadas y perdonadas, siempre vuelven, como fantasmas o zombies. La deuda que



se le perdonó a Alemania tras la Segunda Guerra Mundial sigue clamando desde el lamento de Grecia. La deuda perdonada engendra otra deuda de índole superior, otros intereses y otras obligaciones. Y nunca se olvida.

La deuda, al trascender el presente, se hace metafísica. La deuda es la religión de nuestro mundo, lo que nos transporta a la máxima abstracción que somos capaces de soportar, lo que nos hace trascender y desbordar nuestros egos. La deuda tiene sus dogmas, sus sumos pontífices, sus arcanos, sus primeras herejías y sus sencillas reglas de tres. Una religión deja de serlo cuando se la reconoce como tal. Entonces es otra cosa: negocio, rutina, superstición. La fe verdadera se da cuando no se entiende nada pero tampoco se puede prescindir de ella, pues aparece por todas partes y ocupa el pensamiento completo, hasta la última molécula del mundo: la deuda. Una religión deja de serlo cuando establece o formula su cielo, el horizonte final, el inconcebible aburrimiento eterno. La deuda no ha llegado a esa fase, es una fe incipiente, apasionada, primitiva. Su paraíso podría ser el cero, la cancelación de todas las operaciones pendientes; como todos los cielos, es inimaginable.

Pruebe usted a pensar o sentir otra cosa que no sea la deuda, la propia

o las múltiples que se subsumen en la universal. Es un esfuerzo un poco sobrehumano, pero intente sentirse por un instante fuera de la deuda. Comprobará el malestar que sobreviene al que intenta evadirse, huir de la realidad, colocarse fuera del mundo. Experimentará, además, que su actitud aumenta la deuda y que, por el segundo principio de la termodinámica, ese despilfarro jamás podrá ser revertido. La deuda exige el sacrificio humano constante, la atención plena, la devoción.

El ser humano se resiste a ser meros números, así que a veces, ya sea deudor o acreedor, convierte la deuda en culpa. Hay una parte de culpa adquirida, cultural o comercial, que tal vez se pueda apaciguar. Y hay una culpa de serie, que viene por defecto. La deuda se acopla a ambas. La deuda se ha intentado transubstanciar a otros ámbitos que la mitigarían, como la deuda ecológica, pero Ella, la Deuda Auténtica, el sentido del mundo, no se deja limitar, no admite rivales ni competencia. La deuda, destilación de la humanidad, emula al universo: desde que se sabe que se expande, ella hace lo mismo.

El acreedor no puede sentir el dolor atroz que aflige a los deudores, pero está condenado a imaginarlo. El acreedor sufre a su vez por el fisco, que es su acreedor, y procura que no se conozca su condición (también el deudor intenta pasar inadvertido, pero le sale mucho más caro, o es imposible). Por eso el informático Falciani, que robó el fuego del secreto bancario, es un ángel caído.

Es posible que la deuda, que es todo, cumpla la función de absorber todas las culpas y objetivarlas en un contador mundial. Culpas, secretos y CO₂. Al buscar "The global debt clock" aparecen las deudas por países en tiempo más o menos real, y se ven saltar los números en un panóptico espeluznante que condensa la agitación del mundo.

Esta omnipresencia de la deuda es una forma de forzar a la ciencia para que acierte de una vez con la vida eterna, donde los plazos de amortización se dilatan y es posible, por fin, olvidarse de ella. —

INQUIETA
YACE LA
CABEZA
QUE LLEVA
UNA
CORONA

